

**1.- Comentario a las lecturas.** La Iglesia, fiel discípula de Cristo, sigue a su Señor a donde quiera que va. A lo largo del Año litúrgico lo acompaña tanto en el dolor como en la Gloria; seguido por las multitudes como en la soledad de la Cruz. En este tiempo al que llamamos Cuaresma, lo acompaña en su estancia en el desierto.

Al desierto, desde un punto de vista espiritual, se le puede ver desde diferentes puntos de vista: Como un lugar de prueba, de soledad y sufrimiento, que es el más común, pero también como un lugar de escucha, de intimidad con el amado, de experimentar más de cerca Su amor. De cualquier manera, es un tiempo privilegiado de encuentro con el Señor y de maduración en la fe. Los primeros monjes de la Iglesia surgieron precisamente de esa necesidad de silencio y soledad con el Señor, que sentían algunos de ellos y que en las ciudades y poblaciones no conseguían satisfacer.

Por esto, es necesario de vez en cuando “irse al desierto” de un retiro, de unos ejercicios, de un monasterio o en tu casa. Con tantas distracciones y ruidos mundanos es muy difícil darse cuenta de lo que te quiere decir el Señor. Hay muchas personas que temen la soledad y al silencio. Cuantas veces nos ha pasado a nosotros que entramos en casa y lo primero que hacemos es poner la radio o la televisión porque nos da miedo experimentar ese vacío que nos produce la soledad. Nos falta más vida interior, más unión con Dios porque quien ama a Dios nunca se siente solo. Sobre esto decía S. Bruno fundador de los cartujos: “Cuánta utilidad y gozo divino traen consigo la soledad y el silencio del desierto a quien los ama, sólo lo saben quiénes lo han experimentado...”

Esto conlleva una lucha interior grande porque hay que romper con el mundo, abandonando relaciones, tareas, preocupaciones, noticias, televisión, diversiones, etc.; y aceptando los desgarros y las incomprendiones que ello comporte. Pero como dice S. Pablo: “Si con el sufrimos, reinaremos con él” (2ª Tm 2,12). Y S. Bruno: “Aquí, por el esfuerzo del combate, Dios premia a sus atletas con la ansiada recompensa, a saber: la paz que mundo ignora y el gozo en el Espíritu Santo”.

**2.- Sugerencias para el diálogo.** 1ª ¿Has hecho alguna experiencia de “desierto” en el sentido arriba descrito? ¿Que viste o sentiste? 2ª ¿Buscas a diario la soledad y el silencio para encontrar a Dios? 3ª ¿Cómo “llenas” tus momentos de soledad?

### **3.- Oración.**

Para pedir silencio y escuchar a Dios

Ayúdame a hacer silencio, Señor, quiero escuchar tu voz. Toma mi mano, guíame al desierto, que nos encontremos a solas, Tú y yo. Necesito contemplar tu rostro, me hace falta la calidez de tu voz, caminar juntos, callar para que hables Tú. Me pongo en tus manos, quiero revisar mi vida, descubrir en qué tengo que cambiar, afianzar lo que anda bien, sorprenderme con lo nuevo que me pides. Me tienta creer que te escucho, cuando escucho mi voz. ¡Enséñame a discernir! Dame luz para distinguir tu rostro. Llévame al desierto, Señor, despójame de lo que me ata, sacude mis certezas y pon a prueba mi amor para empezar de nuevo, con humildad, sencillez, fuerza y Espíritu para vivir fiel a Ti. Pe. Javier Leoz.